

LA DAMA DE LA LUNA de Nora Tito

La casa era antigua. La entrada, una puerta de madera tallada, paredes de piedra y ventanas a los lados con rejas de hierro forjado en arabescos. Los fondos de la casa daban a un parque cerrado y, detrás de este, estaba el bosque.

Su único habitante, el nieto del que le mando a construir, vivía solo. Una mujer venía por la mañana para hacer la limpieza y dejar preparada la comida del medio día y de la noche.

Por dentro las habitaciones estaban en penumbras. Al dueño parecía no gustarle mucho la luz del sol y tenía la casa con las ventanas cerradas y algunas lámparas prendidas. Publicaba escritos pero en el pueblo nadie sabía a que se dedicaba. Preferentemente salía de noche y se dirigía a la taberna. Se acodaba en el bar y tomaba despaciosamente dos porrones de cerveza mientras observaba los parroquianos y parecía escuchar sus conversaciones.

Los chicos del lugar sentían aprehensión por la casa y por las historias que se contaban del abuelo, del padre y de él. Se comentaba en el pueblo que en el fondo de la casa tenían un animal que algunas noches aullaba y, durante el día, se escuchaba la música de un arpa. Decían que era para calmar la bestia.

Lo cierto es que al dueño nunca se lo veía durante el día, aunque salía dos veces por mes al pueblo vecino para mandar por correo los originales a su editor.

En el pueblo había una banda de cuatro chicos: Mario de dieciséis años, Anabel de quince, Darío y José de catorce, que siempre andaban juntos.

De niños se asustaban mutuamente con la casa que quedaba casi a las afueras del pueblo. Ya, sintiéndose grandes, planeaban visitarla dándose valor unos a otros para develar el misterio.

Decididos a ir cuando no estuviera su dueño lo vigilaron durante unos días. Una noche, desde su escondite en unos arbustos que estaban frente a la casa, lo vieron salir hacia la taberna. Esperaron que desapareciera de su vista al doblar el camino y cruzaron el portal.

Sabían que contaban con unas dos horas de tiempo sin su presencia. Ya habían cronometrado la duración de su paseo nocturno a la taberna. Eligieron una noche de luna llena para poder ver en caso que en el fondo no hubiera luz.

Se acercaron a la puerta y al tocar el picaporte se sorprendieron cuando este cedió y se abrió. Entraron los cuatro y dejaron la puerta apoyada sin cerrar con temor a que no la pudieran abrir nuevamente.

La casa estaba en penumbras. En cada estancia había una sola lámpara encendida. Fueron pasando por las salas hacia la parte de atrás, buscando llegar al parque. Pasaron por un amplio salón lleno de cuadros antiguos, un órgano y un arpa a su lado. Había una mesa amplia rodeada de doce sillas altas con apoyabrazos. Después de un par de cuartos más llegaron a la cocina, una habitación alta y con ventanales vidriados que daban al patio trasero. Todo el lugar se veía impecable, limpio y arreglado.

El tiempo que tardaron en llegar allí les pareció eterno y cuando Mario le preguntó a José que hora era, le respondió la misma hora que cuando entraron. Aparentemente el reloj se había detenido al transponer la puerta. Mala señal, pensó Mario.

Trataron de mirar hacia fuera pero los vidrios eran esmerilados, lo que no permitía ver con nitidez. Solo notaron resplandores como si hubiera faroles que alumbraban el lugar.

Anabel los animó diciéndoles que ya había pasado lo peor, recorrer toda la casa, no podían detenerse ahora. Al abrir la puerta que daba al patio posterior los sorprendió la visión de un gran parque, iluminado con faroles cada veinte metros y, distante unos cincuenta metros, un jardín de invierno vidriado. El lugar estaba desierto. En el medio había una jaula de unos dos metros de altura por dos de ancho, con un par de enormes candados colgando de la puerta que se hallaba abierta. Siguieron caminando hacia el invernadero maravillándose a medida que se acercaban. Dentro se podía ver todo tipo de flores y plantas exóticas para el lugar. La luz parecía venir de las paredes y el piso, creando una policromía inusual.

Los jóvenes se quedaron atónitos, más aún cuando, de repente, se abrió la puerta y apareció una mujer de una belleza exquisita vestida con ropa de otro tiempo, un vestido blanco con encajes y puntillas y sobre sus hombros una capa color miel con los bordes de piel. Paralizados, no supieron que hacer. La dama les sonrió y les hizo un ademán para que se acercaran. En ese preciso instante sintieron un portazo dentro de la casa y Darío, que se mantenía atrás de todos

desde que ingreso a la casa, los fue tomando rápidamente del brazo para ocultarlos detrás de un arbusto que se hallaba cerca suyo, escondiéndose él también en el momento en que se abrió la puerta de la cocina y aparecía el dueño de casa.

El hombre miro a la señora y muy despacio le dijo

-¿Cuántas veces te dije que no salieras?- levanto la vista hacia el cielo, aterrado. La tomo de la mano y la llevo rápidamente a la jaula. Apenas tuvo tiempo de cerrar los dos candados que aseguraban la puerta, cuando la mujer se empezó a desvestir con furia, tirando la ropa hacia fuera. El hombre la fue tomando delicadamente y la coloco sobre una banca que se hallaba a un lado del jardín, cerca de donde estaban escondidos.

Solo Mario, el mayor, se asomaba por el costado que habían entrado. Los otros estaban contra la pared y el arbusto les tapaba la visión.

La dama, después de despojarse de toda la ropa, se acurruco en el piso y comenzó a aullar. José sentía tanto miedo que las lágrimas corrían por sus mejillas. Anabel los abrazaba a José y a Darío. Mario esta hipnotizado viendo la escena aunque la zona de la jaula estaba poco iluminada. El hombre se había sentado en la banca, dándole la espalda al matorral donde estaban escondidos, y apoyado los codos sobre sus piernas, miraba la prisión con profunda tristeza.

La mujer parecía un animal, se había llenado de pelos y aullaba. Sus manos, convertidas en garras, trataban a través de las rejas de llegar donde estaba el hombre.

El cielo se presentaba nublado, lo que hizo que una gran nube ocultada la luna por unos momentos. El señor, viendo que la mujer se transformaba nuevamente, entro a la casa, lo que aprovecho Mario para tomar a sus amigos y, diciéndoles que no miren la jaula que la señora estaba desnuda, los condujo a la cocina, vigilando que el hombre no bajara de los dormitorios, donde había visto que se dirigía. En la puerta de calle los despidió. Ante la sorpresa de sus amigos, volvió a entrar. Se dirigió rápidamente detrás del arbusto donde había estado escondido antes que el hombre volviera.

En hombre regreso con una manta en sus manos cubriendo a la hermosa mujer que tiritaba en un rincón de la jaula. La luna volvió a salir y se escucharon nuevamente los aullidos con todo el

cambio corporal que había visto Mario. Así paso el resto de la noche: cuando la luna aparecía, el hombre se alejaba de la jaula, cuando una nube la tapaba, el hombre se acercaba con la manta y cubría la desnudez de la hermosa mujer.

Mario, fascinado, no podía dejar de mirar. Temiendo que sus padres se asustaran por su ausencia, después de un tiempo que le había parecido un par de horas, aprovecho que el hombre se acercaba a la jaula porque se había ocultado la luna y, sigilosamente, se metió en la cocina para irse de la casa pasando de cuarto en cuarto.

Al salir a la calle corrió hasta que, al doblar la esquina a una cuadra de su casa, casi se lleva por delante a sus amigos que estaban caminando hacia sus hogares. Sorprendido se dio cuenta que el tiempo en la casa era eterno, parecía que habían pasado horas cuando, en realidad solo fueron algunos minutos. No les quiso contar nada de lo que había visto, mintiéndoles a cada pregunta que le hacían y juramentándose tratar de saber algo más de la historia.

Nadie en el pueblo pudo darle una respuesta cabal sobre la casa y sus dueños. Decidió hablar con el único interlocutor posible, el morador de la casa. Lo espero una noche cerca de la taberna a la hora aproximada en que solía ir. Cuando estaba por pasar una esquina, se interpuso en su camino cayendo delante suyo. El hombre, apesadumbrado al creer que lo había atropellado, lo ayudo a levantarse y, ante la renguera de Mario por un supuesto dolor producto de la caída, le pidió que lo acompañara a la taberna para descansar, distante unos pasos del lugar. Mario se aseguro, así, presentarse al hombre. Benjamín era su nombre y había nacido en esa casa. Mario lo incentivaba para que le contara su historia. Benjamín, a fuerza de no hablar con nadie, había perdido la sutileza de la conversación. Se embarcaba en largo monólogos hablando del pueblo, de su abuelo y de su padre. Eso si, cada tanto, era como si recordara que sobre algunas cosas no debía hablar, porque cortaba la frase y cambiaba de tema. Cuando Benjamín dejo la taberna, Mario lo saludo y quedo en verlo al otro día a la misma hora. Así se fue creando la costumbre de encontrarse y charlar. Luego de verse por un par de semanas, Mario se ofreció a cuidarle el jardín del frente de la casa que estaba bastante abandonado. Lo convenció al decirle que necesitaba dinero extra para sus estudios.

Mario, con el correr de los días, se fue metiendo en el corazón de Benjamín. Solitario por naturaleza y condición: sus padres habían muerto, no tenía hermanos y nunca hizo pareja, no se frecuentaba con nadie por el estigma que ya Mario conocía. Mario siempre le ofrecía cuidar el parque que se veía detrás de la casa, a lo que Benjamín se negaba aduciendo que ya nadie lo disfrutaba, que no valía la pena.

Las noches de plenilunio Benjamín dejaba de frecuentar la taberna.

Después de verse a lo largo de tres meses, una noche de luna nueva, Benjamín, mas apesadumbrado que de costumbre y con alguna cerveza de más, le confeso a Mario parte del secreto: que no vivía solo. Mario, no pudiendo contenerse, le revelo que ya lo sabía y que había visto su compañía espiando el parque.

Benjamín termino con la historia: Mercedes, que así se llamaba la dama, era la esposa de su abuelo. Una noche en que estaba en su jardín, salio un lobo de la espesura del bosque y la mordió. El abuelo lo persiguió hasta matarlo, descuartizarlo y, en una gran fogata, quemar hasta el último pelo del animal.

Su padre ya había nacido y tenía unos doce años. A partir de ese día Mercedes había sido infectada. Las noches de luna llena se trasformaba en bestia. El abuelo se había especializado en licantropía, enterándose que no había cura alguna. Los primeros tiempos las noches de luna llena la llevaba al bosque, lejos de la casa y la amarraba a un árbol con cadenas, con la anuencia de Mercedes. Cuando su padre fue grande, mandaron a construir la jaula y, desde entonces, la encerraron allí los plenilunios.

Su madre nunca supo esto. Su padre siempre se encargo que ella pasara unos días en su casa paterna coincidiendo con la luna llena.

Antes de fallecer su padre le dejo el legado del cuidado de su abuela. Ella era muy dulce. Tocaba el arpa y escribía. Se hacía querer, pero toda la casa parecía estar a su ritmo. Las plantas siempre estaban floreciendo y la casa se mantenía limpia y ordenada, como si ella la siguiera cuidando, cuando solo vivía en el vivero.

Mario, sorprendido, le pregunto como era que no envejecía a lo que Benjamín le contesto que la luna le daba ese poder y vida eterna. El para mantenerse y tener el tiempo libre de cuidarla, mandaba a publicar los escritos de su abuela como si fueran propios. Después de estas confesiones Benjamín tomo a Mario como el hijo que no tuvo y compartió su pesar con el.

Pasaron los años y Benjamín, cada vez mas viejo, le fue pasando tareas a Mario hasta que el quedo a cargo del cuidado de Mercedes.

Un día leyendo libros de guerra sobre la línea Marginot, se le ocurrió que bajo tierra no tendría influencia la luna. Lo consulto con Benjamín y mando a construir un bunker subterráneo en el jardín. La noche de luna llena durmió a Mercedes con un fuerte sedante (no le gustaban los lugares cerrados) y la dejo durante la noche encerrada, espiándola por una mirilla que tenía la puerta. Al comprobar que había dormido placidamente sin ningún cambio, a pesar que la luna llena estuvo en su apogeo, decidió dejarla en ese lugar todos los plenilunios.

Con el correr de los meses descubrió que Mercedes iba perdiendo lozanía, se iba envejeciendo y daba muestras del transcurso del tiempo. La vida eterna que le daba la luna se había acabado al no exponerse más a su luz.

Benjamín supo que su abuela finalmente estaba en paz y tranquila, ya no sufría los cambios para convertirse en bestia. Al morir Benjamín, Mario lo izo enterrar en la cripta de la familia, prometiéndole darle a su abuela el espacio que le correspondía llegado el momento.

La casa también se fue deteriorando. Benjamín se la había legado a Mario con la promesa de cuidar de su abuela hasta último momento.

Al cabo de un año la abuela era piel y huesos y una noche termino desintegrándose en su cama. Mario tomo una urna y puso sus cenizas trasladando el recipiente a la cripta, tal cual le había prometido a Benjamín. Al regresar a la casa estaba desbastada. Todos los muebles se veían desvencijados. Al pasar al jardín, el vivero estaba con los vidrios destrozados, las plantas secas como si no se hubieran regado por meses. Mario sintió una gran tristeza. Tomo los manuscritos que había en el invernadero y, luego de leerlos, decidió editar los libros póstumos de Benjamín.

Al salir de la casa no se cuidó de cerrar la puerta. Ya no había nada que proteger.